

SOCIOGÉNESIS. REVISTA DIGITAL DE DIVULGACIÓN  
CIENTÍFICA

---

Segunda Época  
Año 7, Número 7  
Octubre 2024

Sociogénesis

# Universidad Veracruzana

Dr. Martín Gerardo Aguilar Sánchez  
Rector

Dr. Juan Ortíz Escamilla  
Secretario Académico

Mtra. Diana Karent Sáenz Díaz  
Directora de la Facultad de Sociología

## Sociogénesis

Revista Digital de Divulgación Científica  
de la Facultad de Sociología

Dr. Gualberto Díaz González  
Director

Mtro. José Carlos López Hernández  
Área Directiva

Daniela Migoni  
Área de Dictaminación

Mtro. Aldo Colorado Carvajal  
Lluvia Edith Hernández Ramos  
Área de Comunicación

Mtra. Diana Karent Sáenz Díaz  
Lic. Dulce Angélica Márquez Mendoza  
Mtro. Jesús Argenis Muñoz López  
Mtro. José Manuel Pedroza Cervantes  
Dulce Yoseline González Vázquez  
Área Editorial

Dra. Flor Mercedes Rodríguez Zamora  
Universidad Autónoma de México

Dra. Gloria Tirado Villegas  
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Dra. María Guadalupe Moreno González  
Universidad de Guadalajara

Dr. Miguel Ángel Ramírez Zaragoza  
Universidad Nacional Autónoma de México

Mtra. Amanda Ramos García  
Universidad Veracruzana Intercultural

Dr. José Alfredo Zavaleta Betancourt  
Universidad Veracruzana  
Consejo Editorial

Sociogénesis. Revista Digital de Divulgación Científica. Publicación semestral editada por la Facultad de Sociología, Región Xalapa de la Universidad Veracruzana. Francisco Moreno, Esq. Ezequiel Alatríste, C.P. 91026, Colonia Francisco Ferrer Guardia, Xalapa, Veracruz. Correo electrónico: sociogenesis@uv.mx. Editor responsable: Gualberto Díaz González. No. de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo 04-2023-050413532800-30. ISSN: en trámite. Esta revista no cobra a sus autores o autoras por publicar. La opinión expresada en los artículos firmados es responsabilidad del autor o la autora. Se autoriza la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes, siempre y cuando se cite la fuente y no sea con fines de lucro.

## El programa fuerte de sociología cultural: esfera civil, performances e iconos

---

Nelson Arteaga Botello\*

El presupuesto del trabajo del sociólogo norteamericano Jeffrey C. Alexander (Centro de Sociología Cultural, Universidad de Yale) es que la cultura es una esfera que posee autonomía con respecto a otras esferas de la vida social -tales como la economía, la política y la estructura social- y que, además, tiene efectos de causalidad sobre ellas. Este planteamiento que sugirió Alexander hace ya algunos años le permitió tomar distancia de las interpretaciones de la llamada *sociología de la cultura* que se asume como un programa débil de sociología. Es débil porque afirma que el mundo de los símbolos y sus significados, así como de los sentidos que produce, son en realidad variables dependientes o están apuntalados fuera de la cultura: como en la economía, el poder o las relaciones de fuerza. Con la propuesta de Alexander el mundo de la cultura logró una autonomía que le permitió no quedar sujeto invariablemente a las estructuras, siempre consideradas como *más reales y objetivas*, de las esferas económicas y políticas, como si fuera el último eslabón de las relaciones causales pautadas por el poder y la producción económica.

Palabras clave

Sociología cultural

Esfera civil

Performances

Iconos

\*Profesor investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-México). Doctor en Sociología por la Universidad de Alicante. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, Nivel III. Miembro de la Academia Mexicana de Ciencias desde el 2011. Colaborador en el Centro de Sociología Cultural de la Universidad de Yale. Entre sus publicaciones más recientes está el libro *Semántica de la violencia: revuelta y asesinato político en México*, publicado por Palgrave-Macmillan en la colección Cultural Sociology. [nelson.arteaga@flacso.edu.mx](mailto:nelson.arteaga@flacso.edu.mx)

## Abstract

The assumption of the work of the American sociologist Jeffrey C. Alexander (Center for Cultural Sociology, Yale University) is that culture is a sphere that has autonomy with respect to other spheres of social life -such as the economy, politics and social structure- and that, in addition, has causal effects on them. This approach that Alexander suggested some years ago allowed him to distance himself from the interpretations of the so-called *sociology of culture*, which is assumed to be a weak sociology program. It is weak because it affirms that the world of symbols and their meanings, as well as the meanings they produce, are actually dependent variables or are supported outside of culture: as in the economy, power or relations of force. With Alexander's proposal, the world of culture achieved an autonomy that allowed it not to be invariably subject to the structures, always considered more *real and objective*, of the economic and political spheres, as if it were the last link of the causal relationships guided by power and economic production.

El presupuesto del trabajo del sociólogo norteamericano Jeffrey C. Alexander (Centro de Sociología Cultural, Universidad de Yale) es que la cultura es una esfera que posee autonomía con respecto a otras esferas de la vida social —tales como la economía, la política y la estructura social— y que, además, tiene efectos de causalidad sobre ellas. Este planteamiento que sugirió Alexander hace ya algunos años le permitió tomar distancia de las interpretaciones de la llamada *sociología de la cultura* que se asume como un programa débil de sociología. Es débil porque afirma que el mundo de los símbolos y sus significados, así como de los sentidos que produce, son en realidad variables dependientes o están apuntalados fuera de la cultura: como en la economía, el poder o las relaciones de fuerza. Con la propuesta de Alexander el mundo de la cultura logró una autonomía que le permitió no quedar sujeto invariablemente a las

estructuras, siempre consideradas como más reales y objetivas, de las esferas económicas y políticas, como si fuera el último eslabón de las relaciones causales pautadas por el poder y la producción económica.

Más que un planteamiento que pretende sumar un enfoque complementario o distinto al universo de las teorías sociológicas de fin siglo, la propuesta de la sociología cultural es el resultado de un proyecto de reflexión, en el ámbito de la lógica teórica, destinado a resolver de forma innovadora la pugna entre las posiciones centradas ya sea la acción o el orden social, por un lado y, por el otro, las aproximaciones micro-sociales o macro-sociales. Al reconocer que la cultura tiene una autonomía relativa se asume que debe interpretarse como el resultado de una reflexión crítica sobre el problema del orden y la agencia que permite superar de manera exitosa esta dicotomía.

Alexander retomó en un sentido muy particular las discusiones en sociología relativas a la distinción y relación —referidas ciertamente al modelo parsoniano— entre acción, cultura y sociedad, al tomar en cuenta que cada uno de estos conceptos refieren al modelo parsoniano de patrones de sentido (el sistema cultural), necesidades psicológicas (sistema de personalidad) y reglas de interacción e institucionales (sistema social) (Alexander, 1998).

Si bien el modelo parsoniano buscaba dar cuenta de la interpenetración entre lo subjetivo y lo objetivo, el yo y la sociedad, así como entre la cultura y la necesidad, Parsons no desarrolló, a juicio de Alexander (1998), suficientemente un modelo multidimensional de análisis y se limitó a construir una teoría macrosociológica sobre las micro-fundaciones del comportamiento, ignorando el orden que emerge de la interacción. Alexander considera que el problema del proyecto de Parsons y de sus críticos no estuvo en el orden de las macro o micro fundaciones del comportamiento, sino que el concepto de acción confunde actores [*actors*] (las personas que actúan)

agencia [*agency*] (libertad humana, libre albedrío) y agentes [*agents*] (aquellos que ejercen el libre albedrío).

Esta confusión llevó en su momento a pensar la agencia como la capacidad que tiene cualquier sujeto racional para tomar decisiones a partir del conocimiento que posee y de las motivaciones que reconoce. En ese marco, la sociología se orientó a entender a los actores como personas que enfrentan la cultura y sus normas, así como la sociedad y sus interacciones como extrañas y ajenas al propio actor (Alexander, 1992). Para Alexander los actores [*actors*] no son sólo agentes [*agents*] en el sentido tradicional, las estructuras no son sólo fuerzas que constriñen a los actores [*actors*] desde fuera. La cultura y la personalidad [*personality*] son estructuras y fuerzas que confrontan la agencia desde dentro y se vuelven parte de la acción en sentido voluntario [*voluntary*]

Si existe, a decir de Alexander, una estructura que pueda ser localizada por afuera del actor es el sistema social, como conjunto de relaciones económicas y políticas que las personas recrean en las interacciones. Sin embargo, su funcionamiento depende de ser activadas por la acción. De tal suerte que “[...] esta reformulación de la teoría de la acción pone un énfasis particular en el ambiente de la acción cultural, la cual debe ser entendida como una estructura organizada interna al actor en un sentido concreto” (Alexander, 1998, p. 216). Así, la acción es “[...] un constante proceso de ejercicio de la agencia dentro, no contra, la cultura” (1998, p. 218). Esto significa que la agencia es una dimensión continua, no en vez de sino a un lado de las dimensiones de la creatividad y la invención: la agencia involucra la cultura, no es un proceso que se encuentra fuera de ella.

Desde esta perspectiva, la sociología cultural planteó una posición con respecto a la cultura muy diferente a la que desarrolló Parsons. Para este último, la cultura era una estructura que formaba parte de la acción y la organización social, pero no como un ambiente

de la acción en su sentido concreto. Parsons falló, según Alexander (1998), en conectar la cultura con el actor porque en su aproximación del sentido no pudo entender que los actores socialmente situados construyen valores a través de los actos del habla. De hecho, los valores resultan para Alexander una referencia limitada para entender la acción, en tanto siempre se deja fuera cualquier explicación sobre su naturaleza y los mecanismos que permiten entender cómo funcionan para orientar la acción. Esta falla que Alexander atribuye a Parsons no se debe a que este último no haya registrado la revolución de las perspectivas culturales en los años setenta —particularmente el giro dramático y discursivo—, cuyas principales cabezas fueron, entre otros, Kenneth Burke, Clifford Geertz y Paul Ricoeur. Alexander (1998) cree más bien que dicho soslayo obedeció en realidad a la poca simpatía que Parsons tenía por la cultura como sistema.

Al incorporar el giro dramático y discursivo de la antropología al debate sociológico, Alexander prestó atención al concepto de acción simbólica sugerido por Kenneth Burke (1941) y difundido posteriormente por Clifford Geertz. Para el primer autor, la acción simbólica es cualquier acción que proyecta una actitud o estado mental -en otras palabras, que representa algo- y que somete al cuerpo a una actuación sujeta a interpretación. En tanto que la acción humana es simbólica, sugiere Geertz, pierde sentido la cuestión de saber si es una conducta estructurada, o una estructura de la mente, o hasta las dos cosas juntas o mezcladas, ya que es una acción que significa algo, “[...] lo mismo que la fonación en el habla, el color en la pintura, las líneas en la escritura o el sonido en la música” (Geertz, 2003, p. 24). De esta manera, la acción termina por ser un proceso permanente de externalización o representación que está conectada naturalmente con la agencia.

Este planteamiento implica, siguiendo una línea de reflexión del filósofo francés Paul Ricoeur (1971), que

las acciones -en tanto manifestaciones cargadas de sentido- deben ser tratadas como textos, explorando los códigos y narrativas, las metáforas, valores y rituales que se manifiestan en los distintos espacios de dominación institucional, como la religión, la clase, la raza, la familia, el género y la sexualidad. De esta manera -a decir de Alexander y Mast (2017)- la posición del filósofo francés resultó relevante para el proyecto de la sociología cultural, ya que permitió establecer qué es lo que hace importante el significado y qué hace que algunos hechos sociales estén tan llenos de sentido. Si la agencia está inherentemente conectada a la capacidad representacional y simbólica, la acción humana debe leerse a partir de sus propias reglas de enunciación e interpretación. Esas reglas se dan en el mundo de la cultura como un emplazamiento organizado de parámetros simbólicos entendidos significativamente. Esta reformulación que plantea Alexander enfatiza el ambiente cultural de la acción, la cual debe ser concebida como una estructura organizada interna al actor en un sentido concreto.

Esto garantiza que la acción pueda ser interpretada como una experiencia de sentido entre otros actores. Pero, sobre todo, hace posible que la acción simbólica adquiera una forma cultural que se sustenta así misma, independiente de las presiones que aparentemente ejercen otros sistemas -político y económico- sobre el propio mundo cultural. Este último debe ser entendido como socialmente relevante en el análisis sociológico porque está constituida de una narrativa y códigos particulares que la sustentan en sí misma. Esto es lo que permite afirmar a la sociología cultural que existe una autonomía de la esfera de la cultura con relación a otras esferas de la vida social. Así, la sociología cultural puede sostener que las acciones no son totalmente racionales y estratégicas, y que las instituciones no son tampoco coercitivas por necesidad. Una vez que se comprende el sentido de la acción social en términos culturales es posible intentar dar un paso más allá y observar cómo la cultura se conecta o imbrica con el poder, la razón estratégica y

las estructuras del mundo de la producción económica. Esta forma de pensar la acción y la cultura tiene implicaciones relevantes para examinar los sistemas sociales y sus partes. La acción colectiva e institucional expresan la presencia de una red de códigos, narrativas y símbolos que se encuentran en el fondo de la sociedad y que permiten la cohesión de esta última. De esta manera, Alexander deja claro que su propuesta de sociología cultural se encuentra vinculada estrechamente con los últimos trabajos de Durkheim, en la medida en que pretende colocar el significado y los sentimientos en el centro del análisis social. Pero, por otro lado, también de Weber, quien mostró que la cuestión del significado es central para entender las dinámicas detrás de la organización de la sociedad, los motivos, las emociones y las creencias de los actores. Sin embargo, Alexander retomará el planteamiento de Durkheim sobre la sociología de la religión para señalar cómo los individuos y colectivos mantienen la división del mundo entre espacios sagrados y profanos, incluso en las sociedades modernas. Por otro lado, retomará de Weber el peso que tiene la definición del bien y el mal social en la definición de lo justo y lo injusto en las sociedades contemporáneas. Para la sociología cultural estos son temas centrales que se encuentran pautados en las sociedades democráticas por las disputas que se dan en la esfera civil.

Por esfera civil Alexander entiende el campo en el que se sostienen de forma crítica e integrada las aspiraciones y capacidades universalistas de solidaridad, pertenencia, así como los procesos emocionales que se derivan para que las personas estén conectadas en colectividad. Es un campo de subjetividad y moralidad independiente, empíricamente diferenciado y moralmente más universal que las esferas no civiles, como el mercado, la religión o el Estado. La esfera civil, al ser un campo al mismo tiempo crítico e integrado de solidaridad, se convierte en un espacio en el que las acciones de personas y grupos están sujetos constantemente a interpretación abierta, lo que genera al interior

de la esfera civil disputas sobre las cualidades y el sentido de la acción de sus actores. La estructura interna del código de la esfera civil conceptualiza el mundo, a decir de Alexander, entre aquellos que son merecedores de inclusión y aquellos que no lo son, de la misma manera que no existe religión que no divida el mundo entre lo sagrado y lo profano.

A veces a los actores se les considera buenos o malos, otras, amigos o enemigos, y otras más, ciudadanos o no ciudadanos. En la medida en que se les imputan estas categorías, sus acciones son valoradas de manera moralmente distinta. Actos de corrupción o violencia, de disculpa y perdón, manifestaciones de apoyo y protesta frente a problemas como la pobreza o el uso de la tecnología, son juzgadas de manera diferencial en la esfera civil. Para Alexander esta forma de tipificar la acción de personas y grupos se construye a partir de narrativas binarias.

Esto permite comprender la razón por la que en una misma sociedad se pueden encontrar posiciones opuestas sobre un mismo tema: dichas posiciones expresan la confrontación de mundos morales distintos, pero que comparten un marco de patrones, normas y códigos culturales, que provee a los grupos en conflicto de un medio común de comunicación, más allá de sus demandas diferenciadas y de sus decisiones estratégicas (Alexander, 2018). Así, los intereses particulares están enmarcados en un conjunto de códigos democráticos que proporcionan un lenguaje común a los grupos en pugna. Al respecto Kivisto y Sciortino (2015) han señalado que este es el punto más relevante del concepto de Alexander, ya que incluso en contextos de profunda desigualdad y opresión radical, hay una paradójica adherencia a los códigos y significados de la vida civil, no sólo para los oprimidos, sino por los opresores: “Todos los grupos en la esfera civil poseen la capacidad moral de reconocimiento, y los conflictos sobre los recursos y la adscripción son siempre conflictos sobre la interpretación” (Kivisto y Sciortino, 2015, p. 13).

Estos conflictos sobre la interpretación si bien tiene relevancia por lo que ponen en juego en términos discursivos y morales, lo son aún más por las consecuencias que tiene al generar procesos de solidaridad social en términos concretos. La esfera civil se institucionaliza por y a través de organizaciones que conectan los procesos emocionales, las aspiraciones y capacidades de solidaridad en categorías interpretativas en el tiempo y el espacio. La esfera civil no es, por tanto, sólo un campo de subjetividad y moralidad, sino un complejo conjunto de instituciones comunicativas –medios de comunicación, la opinión pública y los movimientos sociales– y regulativas –partidos políticos, elecciones, cargos públicos y los sistemas de justicia–, que traducen las disputas en la esfera civil en acciones gubernamentales, reformas legislativas o en procesos de inclusión o exclusión social. En otras palabras, estas instituciones cristalizan de alguna manera la solidaridad, los derechos colectivos y las obligaciones morales. Transforman las concepciones acerca de la pureza e impureza de los motivos y las relaciones sociales en mecanismos normativos de las relaciones sociales. Articulan las demandas de reparación civil, libertad y represión de manera concreta. Instituciones como la ley, la función pública, los partidos políticos, las organizaciones de la sociedad civil, los medios de comunicación proporcionan a la solidaridad medios institucionales específicos a través de sanciones y reconocimientos.

El planteamiento que se hace de la sociología cultural de una teoría de la esfera civil ha permitido desarrollar un conjunto de perspectivas analíticas de alcance medio orientadas a comprender de manera fina cómo los grupos y actores sociales movilizan códigos para representar sus demandas sociales en momentos y espacios determinados. Por un lado, la sociología cultural ha recuperado los conceptos de performance, drama social y teatralidad —que se retoman de los trabajos de Turner (1998) y Schechner (2012)—, para entender cómo se construyen las disputas en la

esfera civil, a partir de la manera en la que los actores, individual o colectivamente, despliegan hacia otros, de manera consciente o inconsciente, un sentido o significado de su situación social de vulnerabilidad, exclusión o agravio, así como la exigencia de reparación civil. Por otro lado, y siguiendo el trabajo sobre totemismo que realizó Durkheim en *Las formas elementales de la vida religiosa*, el programa fuerte dio recientemente un giro al examen de los íconos con el fin de dar cuenta de la materialidad del mundo moral en las sociedades contemporáneas. Los íconos son condensaciones simbólicas de sentido social que se cristalizan en formas materiales (Alexander, 2010). Dichas cristalizaciones hacen visibles una serie de abstracciones morales a través de las cuales se conocen y clasifican ciertos aspectos del mundo social. La fuerza del ícono no tiene que ver con la materialidad del objeto, sino con los atributos y juicios que se le imputan. De esta forma, la sociología cultural abre un campo de análisis para comprender la constitución de nuevos tótems modernos -figuras del espectáculo, la política, monumentos, vestimentas, alimentos, bebidas, máscaras, entre otros- que de alguna manera regulan las disputas morales de nuestras sociedades. La sociología cultural y su programa fuerte han logrado durante las últimas tres décadas consolidarse no sólo como una perspectiva con plena carta de ciudadanía en la sociología, sino que han contribuido a ampliar el propio campo de espectros y temas de la disciplina. De ser un proyecto en constitución hace apenas algunos años, hoy se presenta como un proyecto sólido de comprensión de lo social más allá del contexto social donde emergió. Un ejemplo de esto es el reciente libro editado por Alexander y Tognato (2018) titulado *The Civil Sphere in Latin America*, en el que se desarrollan trabajos que permiten observar las dinámicas de la sociedad latinoamericana desde la teoría de la esfera civil. Un texto que plantea no sólo cómo abordar los problemas de la sociedad latinoamericana desde esta perspectiva, sino que sugiere desafíos teóricos y metodológicos

relevantes para esta aproximación teórica.

## Referencias bibliográficas

Alexander, J., & Tognato, C. (2018). *The Civil Sphere in Latin America*. Cambridge University Press.

Alexander, J. (2018). *La esfera civil*. Centro de Investigaciones Sociológicas.

Alexander, J., y Mast, J. (2017). La pragmática cultural de la acción simbólica. En *Poder y performance* (pp. 7-24). Centro de Investigaciones Sociológicas.

Alexander, J. (2010). "Iconic Consciousness: The Material Feeling of Meaning", *Thesis Eleven*, 103(1), 10-25.

Alexander, J. (1998). *Neofunctionalism and After: Collected Readings*. Wiley-Blackwell.

Alexander, J. (1992). Recent Sociological Theory Between Agency and Social Structure. *Schweizerische Zeitschrift für Soziologie. Revue Suisse de Sociologie*, 18(1), 7-11.

Arteaga, N., y Arzuaga, J. (2016). Del neofuncionalismo a la conciencia icónica: ensayo crítico para pensar la sociología cultural de Jeffrey Alexander. *Sociológica*, 31(87), 9-41.

Arteaga Botello, N. (2010). *Rituales, dispositivos y performatividad. Un ensayo de sociología posclásica*. Miguel Ángel Porrúa/Universidad Autónoma del Estado de México.

Burke, K. (1941). *The Philosophy of Literary Form. Studies in Symbolic Action*. Louisiana State University Press.

Geertz, C. (2003). *La interpretación*

*de las culturas*. Gedisa.

Kivisto, P., & Sciortino, G. (2015). Introduction: Thinking through the Civil Sphere. En P. Kivisto & G. Sciortino (Eds.), *Solidarity, Justice, and Incorporation: Thinking through the Civil Sphere* (pp. 1-31). Oxford University Press.

Ricoeur, P. (1971). The Model of the Text: Meaningful Action Considered as a Text. *Social Research*, 38(1), 529-562.

Schechner, R. (2012). *Estudios de la representación: una introducción*. Fondo de Cultura Económica.

Turner, V. (1998). *The Anthropology of Performance*. PAJ Publications.